

ANDRÉI PLATÓNOV

MOSCÚ FELIZ

colección rara avis



TUSQUETS
EDITORES

ANDRÉI PLATÓNOV
MOSCÚ FELIZ

Traducido del ruso
por Alejandro Ariel González

TUSQUETS
EDITORES

Un hombre con una antorcha encendida corría por la calle en una aburrida noche de octubre. Una niña pequeña lo vio desde la ventana de su casa, tras despertar de un sueño aburrido. Después oyó un disparo de fusil y un grito triste y prolongado; seguramente, habían matado al hombre que corría con la antorcha. Pronto resonaron más tiros lejanos y un estruendo de voces en la prisión cercana... Pero la niña se durmió y olvidó todo lo que vio en los días siguientes: era demasiado pequeña, y la memoria de la temprana infancia quedó cubierta para siempre por su vida posterior. Sin embargo, hasta sus últimos años, aquel hombre anónimo surgía súbita y afligidamente en su difusa memoria y volvía a morir en las tinieblas del pasado, en el corazón de esa niña adulta. En medio del hambre y del sueño, en un momento de amor o de alegría juvenil, de pronto oía a lo lejos, en lo profundo de su cuerpo, el grito del muerto y cambiaba de golpe su vida: dejaba de bailar si estaba bailando, trabajaba con más concentración y esperanza si estaba trabajando, se cubría el rostro con las manos si estaba sola. En aquella desolada noche de fines de otoño había comenzado la revolución en la ciudad donde vivía la niña llamada Moscú Ivánovna Chestnova.

El padre murió de fiebre tifoidea y la hambrienta huérfana abandonó su casa y jamás regresó. Con el alma adormecida, sin recordar ni reconocer a nadie, sin sentido del espacio tampoco, deambuló varios años por su patria como por un desierto hasta que volvió en sí en un orfanato-escuela. Estaba sentada en un pupitre junto a una ventana, en la ciudad de Moscú. Afuera, en el bulevar, las hojas de los árboles se desprendían sin viento y cubrían la silenciosa tierra para su largo e inminente sueño; eran los últimos días sin frío del año, cuando terminaron las guerras y el transporte comenzó a restablecerse.

Hacía ya dos años que Moscú Chestnova se hallaba en el orfanato; allí le dieron nombre, apellido e incluso patronímico, ya que la niña tenía un recuerdo muy borroso de su nombre y de su temprana infancia. Le parecía que su padre la llamaba Olia, pero no estaba segura así que no dijo nada, como quien de veras no tiene nombre, como aquel hombre nocturno con la antorcha que había muerto baleado. En el orfanato le pusieron el nombre de la ciudad donde estaban, un patronímico que rememorara a Iván —es decir, a todos los soldados del Ejército Rojo caídos en combate— y un apellido en reconocimiento a la honradez de su corazón, que aún no había perdido la virtud a pesar de su prolongada desdicha.

La luminosa y ascendente vida de Moscú Chestnova comenzó ese día de septiembre, cuando estaba sentada junto a la ventana del aula, ya en segundo grado, mirando la muerte de las hojas en el bulevar y leyendo con interés el letrero del edificio de enfrente: *Biblioteca*

y Sala de Lectura Obrero-Campesina A. V. Koltsov. Antes de la última hora de clase, a todos los niños les habían dado por primera vez en su vida un panecillo con una hamburguesa y una papa, y les habían contado de dónde venían las hamburguesas. Al mismo tiempo, les habían ordenado escribir para el día siguiente una composición sobre la vaca —si habían visto una alguna vez— y sobre su vida futura. Por la noche, recordando aún aquel panecillo y la espesa hamburguesa, Moscú Chestnova escribió su composición sentada a la mesa común, cuando todas sus compañeras ya dormían y una pequeña luz eléctrica ardía débilmente en la sala.

*CUENTO DE UNA NIÑA
SIN PADRE Y MADRE:
SOBRE SU FUTURA VIDA*

Ahora nos enseñan la mente, pero la mente está en la cabeza, por afuera no hay nada. Hay que vivir como verdaderos trabajadores, yo quiero vivir mi vida futura, que haya galletas, mermelada, bombones y que siempre se pueda pasear por el campo entre los árboles. Si no, no viviré, no tendré ánimo para hacerlo. Quiero vivir de manera corriente con la felicidad. No tengo más nada que agregar.

Poco después, Moscú huyó de la escuela. Tardaron un año en encontrarla y enviarla de vuelta, y la avergonzaron en una reunión general: ¿cómo una hija de la revolución se comportaba con tanta indisciplina y falta de ética?

—¡No soy una hija, soy una huérfana! —respondió Moscú, pero volvió a estudiar con aplicación, como si nunca se hubiera ido.

De la naturaleza, lo que más le gustaba eran el viento y el sol. Le gustaba echarse en cualquier parte, sobre la hierba, y escuchar lo que el viento, como un hombre invisible y melancólico, susurraba en la espesura de las plantas; le gustaba ver las nubes de verano flotando a lo lejos, rumbo a países y pueblos desconocidos. La observación de las nubes y el cielo causaba palpitaciones a Moscú, como si su cuerpo se elevara a gran altura y quedara allí suspendido. También le gustaba deambular por la simple y árida tierra de los campos, escrutando con atención todo lo que la rodeaba, acostumbándose a vivir en el mundo y alegrándose de que todo a su alrededor se ajustara a ella: a su cuerpo, a su corazón, a su libertad.

Al terminar noveno grado, Moscú, como cualquier joven, empezó a recorrer inconscientemente su camino hacia el futuro, hacia la feliz proximidad con las personas —sus manos anhelaban actividad, su corazón pedía orgullo y heroísmo, y su mente celebraba de antemano el destino aún misterioso, pero elevado, que le esperaba. Como tenía diecisiete años, no podía ingresar en ninguna parte por sí misma; esperaba una invitación, pero valoraba tanto el don de su juventud y de su fuerza que eso la volvió por un tiempo extraña y solitaria. Hasta que conoció un hombre que la doblegó con palabras y amabilidad, y Moscú Chestnova se casó con él, estropeando en el acto y para siempre su cuerpo y su juventud. Sus manos firmes, tan idóneas para una actividad audaz, se conformaron con abrazar; su corazón, que

ansiaba heroísmo, se resignó a amar tan sólo a un hombre astuto que se aferraba a ella como a su inalienable patrimonio. Pero una mañana, Moscú sintió una vergüenza tan atroz por su vida, sin comprender exactamente el motivo, que estampó un beso de despedida en la frente de su marido dormido y salió de la habitación sin llevarse siquiera una muda de ropa.

Hasta el anochecer estuvo deambulando por los bulevares y la ribera del Moscova, sintiendo sólo el viento y la llovizna de septiembre, sin pensar en nada, porque estaba vacía y cansada. Por la noche, tal como había hecho en su errante infancia, buscó algún cajón vacío que le sirviera de refugio o algún rincón en un portal, pero había crecido demasiado: ya no podía introducirse en cualquier parte que quisiera. Se sentó por fin en un banco en la oscuridad del bulevar y dormitó, escuchando a medias a los malandrines sin hogar que vagaban por allí.

A medianoche, un hombre insignificante se acercó al banco con la oculta, vergonzosa esperanza de que alguna mujer se enamorara sola de él, ya que la manse dumbre de sus propias fuerzas le impedía tomar la iniciativa en el amor. No buscaba ni belleza de rostro ni encanto de figura; estaba dispuesto a aceptarlo todo, someterse al más alto sacrificio, con tal de que alguien le respondiera con un sentimiento verdadero.

—¿Qué desea? —preguntó Moscú cuando él se detuvo a su lado.

—Nada —respondió el hombre—. Sólo sentarme.

—Pues yo quiero dormir y no tengo dónde —dijo Moscú.

El hombre le dijo que tenía una habitación. A fin de que ella no malinterpretara sus intenciones, le propuso pagarle una noche en un hotel para que durmiera en una cama limpia, envuelta en una frazada. Moscú aceptó y los dos se levantaron. Por el camino, Moscú le pidió a su acompañante que le consiguiera también un lugar donde estudiar, con comida y residencia.

—Veamos, ¿qué es lo que más le gusta? —preguntó él.

—Me gustan el viento en el aire y otras cosas más —dijo Moscú, extenuada.

—Entonces la Escuela de Aeronáutica. Es lo único que servirá —determinó el acompañante de Moscú—. Lo intentaré.

Le encontró una habitación en la posada Mínskoié, pagó tres noches por anticipado, le dio treinta rublos para las comidas y se fue a su casa llevándose un poco de consuelo en su interior. Cinco días después, gracias a los esfuerzos de ese hombre, Moscú Chestnova ingresaba en la Escuela de Aeronáutica y se instalaba en la residencia estudiantil.